

MARTA PESSARRODONIA

CARMEN DE POSADAS

Soñar con lo probable

por Carmen de Posadas

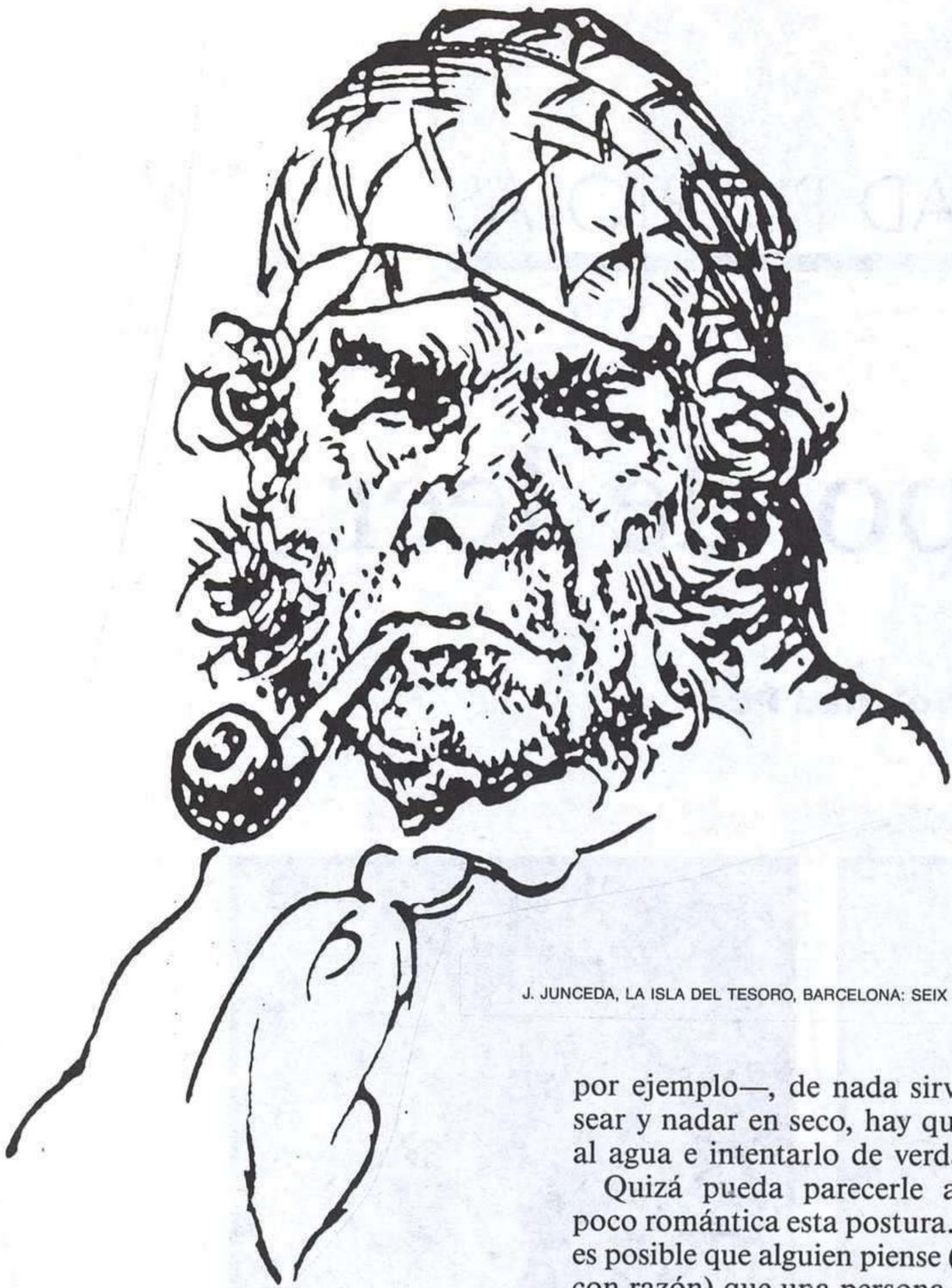


Debo confesar que yo nunca soñé con ser escritora. Ni siquiera en la infancia, que es la época de los grandes sueños, tal vez porque siempre he tenido la supersticiosa creencia de que desear algo muy querido estropea las posibilidades de conseguirlo. Pero existe

además otra razón por la que nunca me he atrevido a elucubrar sobre un futuro lleno de glorias literarias y es esta que a continuación comento.

De niña soñé sí, y muchas veces, con ser arqueólogo submarino y descubrir los últimos vestigios de la escondida Atlántida. También he pa-

sado noches enteras realizando galácticos viajes para visitar una estrellita muy brillante que está justo a la izquierda de la Estrella Polar. Y han sido muchas las mañanas en las que he amanecido en la Isla de la Tortuga charlando con el capitán de piratas Gustav Flint. Pero una cosa es dejar



J. JUNCEDA, LA ISLA DEL TESORO, BARCELONA: SEIX BARRAL, 1924.

volar la imaginación por el terreno de lo imposible y otra muy distinta aventurarse a soñar con lo probable.

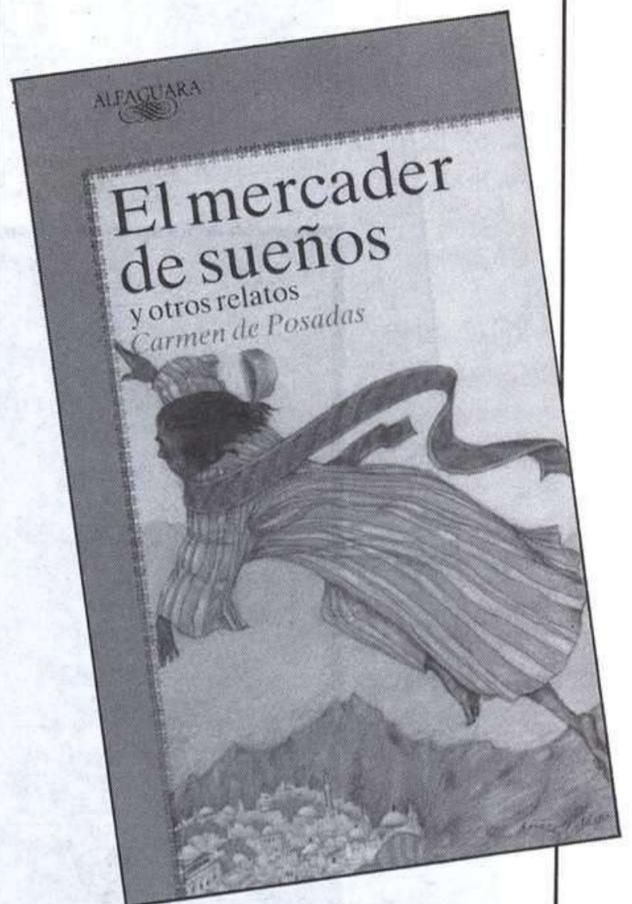
Recuerdo que cuando tenía siete u ocho años conocí a un muchacho que tenía admiradas a sus hermanas menores por lo bien que nadaba a *crawl*. La cosa no tendría nada de extraordinario si no fuera por el pequeño detalle de que el joven en cuestión nunca había osado meterse en el agua más allá de la rodilla y que sus artes nataatorias las desarrollaba preferentemente... a la hora de dormir, sobre la cama de sus padres. Siempre me impresionó esa historia y la recuerdo, no por lo ridículo de la situación sino por lo que supone de autoengaño.

Pienso —y lo pensaba ya entonces, pues he debido de ser una niña muy poco novelera— que cuando algo es probable, soñar con ello no es una actitud positiva. Cuando algo es probable, es decir, cuando depende del esfuerzo o la perseverancia —como llegar a ser un buen nadador de *crawl*,

por ejemplo—, de nada sirve fantasear y nadar en seco, hay que tirarse al agua e intentarlo de verdad.

Quizá pueda parecerle al lector poco romántica esta postura. Incluso es posible que alguien piense (y tal vez con razón) que una persona a la que no le gusta soñar, difícilmente puede dedicarse a escribir, pero lo cierto es que yo nunca me he atrevido a engañarme a mí misma soñando cosas probables. Pienso a veces que a tal circunstancia se debe también el hecho de que todo lo que yo escribo en mis cuentos de niños es definitivamente improbable que ocurra, por no decir imposible. Las historias que a mí me gustan tratan de animales que hablan, vientos huracanados que tienen aspecto humano o familias que encuentran alfombras mágicas en el desván, porque los cuentos son sueños y los sueños más bonitos son siempre imposibles. En cuanto a la realidad, los anhelos e ilusiones que me gustaría conseguir, lo cierto es que prefiero irme los construyendo pasito a paso, con los ojos abiertos, no sea que dé algún traspies y me vea, como la lechera del cuento, con el cántaro roto y la leche derramada. Horriblemente pragmática que es una, supongo. ¿O será tal vez que aún siento esa necesidad infantil de que nada disturbe los sueños, ni siquiera los anhelos? ■

Bibliografía (selección)



Yuppies, jet-set, la movida y otras especies, Madrid: Temas Hoy, 1987.

El síndrome de Rebeca, Madrid: Temas Hoy, 1988.

Infantil-juvenil

Una cesta entre los juncos, Madrid: SM, 1978.

El cazador y el pastor, Madrid: SM, 1979.

El chico de la túnica de colores, Madrid: SM, 1979.

El niño de Belén, Madrid, SM, 1979.

El señor Viento Norte, Madrid: SM, 1983.

Kiwi, Madrid: SM, 1987.

Hipocanta, Madrid: SM, 1987.

El mercader de sueños, Madrid: Alfabeta, 1990.